



# 1

Lo siguiente que asaltó los sentidos de Ilkar fue un olor, pegajoso, con un regusto dulzón. Humo de pipa.

Estaba tumbado, inerte en la gran sala, y la vista que apareció ante sus ojos cuando los abrió no revelaba más que un techo iluminado por la brillante luz diurna. Era una vista borrosa y permaneció inmóvil y a la escucha mientras sus ojos recuperaban su agudeza. Erienne lo había salvado. Estaba cansado, dolores sordos martirizaban sus heridas más serias, pero sabía que ya no corría ningún peligro. Era una sensación agradable.

Se apoyó en los codos y allí estaba Denser. El xetesko estaba sentado en una silla con los pies encima de una mesa, las piernas estiradas. Su cara, lo que podía ver Ilkar de ella, mostraba todavía las cicatrices de su apaleamiento pero, vestido de su acostumbrado negro y con la gorra en el regazo, presentaba la misma estampa del Denser de siempre. Su pipa humeaba suavemente en su boca, había una jarra también humeante a su lado y el gato reposaba sobre sus muslos, hecho un ovillo y dormido.

—Ni loco hubiera pensado que me alegraría de ver a un xetesko.

Denser se rió, y su movimiento despertó al gato, que bostezó, se desperezó y saltó al suelo. El mago retiró los pies de la mesa y se acercó a Ilkar.

—Buenos días también a ti, Ilkar. Ya iba siendo hora de que dejaras de hacerte el remolón, ¿no te parece?



—No lo sé, dímelo tú.

—Te has pasado dos días durmiendo.

—¿Y Hirad?

Denser sonrió.

—Míralo por ti mismo. —Señaló a la izquierda de Ilkar antes de volver a la mesa para cambiar su pipa por su taza.

Ilkar miró hacia donde había indicado Denser y por un momento tan breve como aterrador supo que Hirad había muerto. Pero luego vio que su pecho subía y bajaba, suavemente y sin dificultad. Era un espectáculo sereno y maravilloso. Hirad estaba tendido, igual que Ilkar, en un lecho firme, con la cabeza apoyada en una almohada y el cuerpo cubierto de mantas hasta el torso desnudo. El bulto que presentaba a la altura del estómago hablaba del aparatoso vendaje que había debajo. Parecía pálido, pero eso era lo de menos. El corazón de Ilkar se llenó de júbilo y las lágrimas afloraron incontenibles a sus ojos. Se las enjugó con una mano.

—Eh... —empezó.

—Puedes levantarte —dijo Denser—. Ven y tómate una taza de café.

Ilkar asintió y se sentó muy despacio, sobreponiéndose al torrente de sangre que se le subió a la cabeza y que amenazaba con tumbarlo de espaldas.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Denser.

—Creo —dijo Ilkar—, que me tomaré esa taza aquí sentado.

Denser soltó una risita y se acercó a la puerta de la cocina. Se asomó al interior.

—¿Talan? Deja de trocear y trae un café. Aquí hay alguien con quien te gustaría hablar.

Sonó un cuchillo al caer contra una superficie dura, unas cuantas pisadas y entró Talan a la carrera, derramando café a su paso.

—¡Ilkar! —Prácticamente soltó la taza en las manos del elfo—. ¡No sabes qué buen aspecto tienes!

—Tranquilo —sonrió Ilkar—. Gracias por el brebaje. ¿Cómo va todo?

Talan compuso un gesto solemne.

—Guardé yo solo la Vigilia por Richmond. Está enterrado en el jardín que hay cerca de los establos.

Ilkar asintió, dio un sorbo a su taza.



—Lo siento.

—También yo.

—¿Y qué pasa con él? —Ilkar inclinó la cabeza en dirección a Hirad.

Talan se sentó en la cama a su lado.

—Tengo que contártelo, fue asombroso —dijo, animándose un poco—. La mujer, Erienne, me parece que está dormida. Denser dijo que utilizó un Emplasto Corporal, ¿no? —Ilkar asintió—. Por todo él. Pude sentirlo, una profunda calidez. Fluctuaba cuando ella movía las manos, entró en su boca, su nariz, sus orejas... Estuvo horas con él.

Ilkar asintió de nuevo, miró a Denser de soslayo.

—Conque Emplasto Corporal, ¿eh?

—De libro. Es buena, Ilkar. Poderosa. Por lo que dijo Thraun, también lanzó un Viento Helado. —Denser arqueó las cejas, apuró su taza y fue a la cocina para rellenarla.

Talan se acercó más al elfo.

—Y él ahora cuenta con toda mi admiración.

—¿Oh? —Ilkar mostró su desagrado sin proponérselo; era una reacción innata.

—Erienne se quedó descansando después del Emplasto Corporal. Luego empleó otro hechizo para rematar la faena y puso a Hirad a dormir. Después descansó un poco más antes de ocuparse de Denser. Dos días en total. Se quedó ahí sentado y te mantuvo con vida. Apenas abrió la boca. Se limitó a comer un poco y a beber otro poco.

—Aprecio el sacrificio que tuvo que hacer —dijo Ilkar, aunque no se había dado cuenta del esfuerzo que había debido realizar Denser y se sentía mareado.

—Le habían roto la mandíbula, fracturado las mejillas, aplastado la nariz, partido casi todos los dedos de las manos y los pies y destrozado media decena de costillas. Debió de vivir una auténtica agonía. Le debes una. —Talan meneó la cabeza. Ilkar se había quedado boquiabierto. Se abrió la puerta y volvió a entrar Denser. Sonrió, y fue entonces cuando Ilkar reparó en el gato a sus pies.

—No me debes nada —dijo Denser—. Era algo que había que hacer, nada más.

—Lo que tú digas —dijo Ilkar—. No tengo palabras para agradecértelo.



—Estás vivito y coleando, jumatso, ésa es mi recompensa. — Azorado, Denser se encaminó hacia las demás puertas, rumbo al vestíbulo, con el gato pisándole los talones.

Más tarde ese mismo día, uno a cada lado, Ilkar y Talan ayudaron a Hirad a ponerse de pie. El bárbaro estaba preparado para soportar el dolor y la náusea que se adueñaron de su cuerpo cuando los músculos recién reparados de su estómago se tensaron y protestaron. Otra Curación Cálida, dijo Erienne, y estaría listo para montar al día siguiente; tres días después podría entrar en el castillo comandando una Rabia.

Contempló la tumba de Richmond. El símbolo del Cuervo todavía lucía orgulloso, grabado a fuego en la tierra apelmazada. Sus sentimientos eran encontrados pero predominaba una sensación de inevitabilidad. Ras, Sirendor, el Desconocido, Richmond. ¿Había muerto el Cuervo con ellos? Sólo quedaban Talan, Ilkar y él y dudaba que eso fuera suficiente. Decidió que mientras viviera alguno de los miembros fundadores, lo sería. Siempre había esperado evolucionar mientras morían los hombres, o se iban, y se sumaban otros. Era un insulto para la memoria de quienes habían fallecido permitir que el Cuervo pasara a la historia.

Pero, ¿quién sería el siguiente en morir? Evidentemente, tendría que haber sido él, y el relato de su salvación a manos de tres magos había dado la vuelta por completo a su percepción de las cosas en general y de Denser en particular. Seguía sin confiar en ese hombre más de lo necesario, pero no podía por menos de admirar su fortaleza y enorme determinación. Denser contaba con su gratitud, igual que Erienne, pero esta se negaba a mirarlo a la cara, y más a dirigirle la palabra.

Dirigió la vista hacia ella, que estaba arrodillada, como cada hora de vigilia desde los entierros, ante las tumbas de su familia. Erienne ignoraba la de Alun, pero las de sus hijos acaparaban toda su atención. Comprendía su dolor pero sabía que nunca él podría expresarlo con palabras, porque ella se negaría a escucharlo.

Y aquí, de pie a su lado, estaba el hombre para el que toda admiración sería poca. Ilkar habría muerto con él... de hecho, había decidido hacerlo y así habría ocurrido si Erienne no los hubiera salvado a ambos. No le costaba entender la lealtad en



la batalla pero esto era algo más. Sintió que se le formaba un nudo en la garganta, tragó saliva y apretó a Ilkar con el brazo en cabestrillo apoyándose en el hombro del mago.

—¿Todo listo?

Ilkar asintió.

—Contamos con suficientes caballos en condiciones, incluidos todos los nuestros, todos los cuerpos han sido destruidos y Will ha amañado lo del castillo. Es un bastardo con ideas, tengo que admitirlo.

—De lo más eficaz —convino Talan.

Will, en respuesta al deseo de Hirad de ver el castillo convertido en escombros, había ideado la forma de hacerlo y permitirles estar a medio día de viaje de distancia cuando ocurriera.

—Es mejor que tus enemigos acudan a la trampa cuando tú no estés allí —había dicho.

Y ahora, salvo las cocinas y el salón de banquetes, donde habían pasado tanto tiempo, el resto del edificio era zona restringida. Cortinas, alfombras, muebles, libros y tablas, todo empapado de aceite. Los regueros de combustible cubrían el castillo de arriba abajo, se habían colocado pilas de leña y astillas en puntos estratégicos y, donde Will quería grandes llamaradas —en las torres y el vestíbulo de entrada— había montañas de harina seca a la espera de la ignición.

Todos salvo Hirad y Erienne habían trabajado siguiendo sus indicaciones mientras él patrullaba el castillo, asegurándose de que todo estuviera en el lugar preciso, o probaba minuciosamente mil maneras de fabricar una mecha de combustión lenta. Se mezclaban cuerdas, aceite y brea en distintas cantidades para ser encendidas y consumirse al ritmo que imponía el corazón de Will. Por fin, satisfecho, había fabricado metros de un material tan grueso como su pulgar y había colocado una mecha en la planta de arriba y otra en la de abajo.

—Sólo resta ensillar y cargar los caballos y preparar el último par de habitaciones mañana por la mañana. Will y Thraun encenderán las mechas y nos largaremos de aquí.

—Bien. Sé que a Denser le preocupa el tiempo que hemos perdido —dijo Hirad.

—No es el único —respondió Ilkar.



—¿Y qué le parece a ella que viajemos a Dordover para profanar una de sus antiguas tumbas?

Ilkar sonrió.

—Buena pregunta. Lo único que puedo decir es que, fuese cual fuese su pacto, es lo bastante importante como para que ella no nos traicione. —Hizo una pausa, reflexionando—. No lo sé. Sabe muchas cosas sobre el Ladrón de la Aurora y está claro que cree a Denser.

—¿Y los demás? —preguntó Hirad.

Ilkar se encogió de hombros.

—Esta gente tiene talento, Hirad. Thraun es un espada-chín nato. Erienne está muy dotada para la magia, Jandyr es el arquero que siempre hemos buscado y Will, en fin, es rápido y listo. Equilibran el equipo, Talan y yo les hicimos jurar el Código y, en tu ausencia, los aceptamos en el Cuervo. Sé que no es así como hacemos las cosas pero no hemos tenido tiempo de evaluarlos en acción como es debido y nos queda por ver si te seguirán sin hacer preguntas. Yo creo que sí. ¿Talan?

—Estoy de acuerdo. —Talan asintió, aunque tenía la mirada perdida—. Tu única duda es Will, pero creo que Thraun puede mantenerlo bajo control. También el dolor de Erienne la vuelve imprevisible. Habrá que tener cuidado con ella.

—Han firmado el contrato por el encargo actual y saben dónde se han metido —continuó Ilkar—. Denser les ha contado lo más macabro de la historia y lo aceptaron sin rechistar. Es la elección que no tuvimos ninguno de nosotros, ¿verdad? Si sobreviven, serán ricos, si no, bueno, si no el dinero será la menor de sus preocupaciones, ¿cierto?

Hirad arqueó las cejas.

—Cierto. —Se sentía cansado—. Me parece que será mejor que entre y me tumbe un rato.

El trío del Cuervo regresó lentamente al patio delantero de la casa. En la puerta, frente a la cancela de entrada, Talan los detuvo.

—Veréis. No sé cómo decir esto, pero yo ya no puedo seguir. Dejo el Cuervo.

Ilkar e Hirad sopesaron sus palabras en silencio.

—Estábamos muy unidos, Ras, Richmond y yo —continuó Talan—. Unirnos al Cuervo fue un sueño hecho realidad.



Pero ahora faltan dos vértices del triángulo y yo seré el siguiente. Lo comprendí cuando encontré a Richmond... murió solo. —Suspiró y se rascó la cabeza—. Lo siento, no me estoy explicando muy bien. No sé... de repente ya no siento ese deseo dentro de mí. Se ha apagado la llama. La Vigilia de Richmond era innecesaria y no estoy dispuesto a enterrar a otro miembro del Cuervo.

Hirad no dijo nada, se limitó a asentir. El rostro de Ilkar se ensombreció, entornó los ojos al fruncir el ceño.

—¿Lo entendéis? —preguntó Talan—. Decid algo, alguno.

—Sí, lo entiendo —dijo Hirad—. Cuando estaba solo con Sirendor, contemplando su expresión muerta, me sentía dispuesto a romper mi espada. Elegí no hacerlo y lamento que tú no puedas hacer lo mismo. —Hirad se sentó en los escalones. Ilkar le ofreció una mano de manera instintiva.

—¿Eso es todo lo que vas a decir? —quiso saber el julatso.

Hirad se encogió de hombros.

—¿Qué más quieres que diga? Si su corazón no está con nosotros será una carga y estaremos mejor sin él. Él lo sabe, yo lo sé y tú también, Ilkar.

—En circunstancias normales, sí, pero por si no te has dado cuenta, no estamos metidos en un encargo cualquiera. Y debo decir que nos perjudicará mucho más su ausencia que su compañía.

—No lo creo... —empezó Talan.

—¡Te conocen! —espetó Ilkar—. Saben qué aspecto tienes, de dónde vienes y querrán sacarte lo que sabes. Dioses, Talan, tienes información por la que cualquier esbirro de los Señores Brujos estaría dispuesto a morir. No sólo sabes cuáles son los catalizadores del Ladrón de la Aurora, sino también dónde encontrarlos. Y si te vas ahora, nunca sabremos si estás a salvo o si se lo has contado todo.

—Moriría antes de hacer eso, y lo sabes.

—Sí, pero sólo morirías si te dieran la oportunidad. —Ilkar hizo una pausa, vio la rabia en el rostro de Talan—. Mira, no estoy cuestionando tu lealtad ni tu fe. Lo que digo es que escoger la muerte quizá no sea posible. No eres un mago. No puedes detener tu corazón así como así.

Talan asintió despacio.



—De todos modos. ¿Cómo van a encontrarme si no saben que os he dejado? ¿Si no saben a dónde he ido?

Ilkar soltó una risita.

—Sólo existe un lugar seguro para ti, Talan, el Monte de Xetesk. Y no sé por qué me da la impresión de que no te recibirían con los brazos abiertos. —Ilkar suspiró—. Tienes que cambiar de opinión. O pensártelo mejor, al menos.

—¿Qué crees que llevo haciendo estos últimos días, trabajar en mi biografía?

—Vas a renunciar a la lucha por Balaia.

Talan se inclinó hacia delante y apuntó a Ilkar con un dedo.

—Déjame que te diga una cosa, Ilkar. No necesito que me digas lo que estoy haciendo. Ya lo sé, y me siento lo bastante mal sin que vengas tú a echármelo en cara. —Talan lanzó los brazos al aire—. Quiero vuestra comprensión, no vuestro consentimiento. Me largo. Se acabó. —Se dirigió hacia la cancela.

—No podemos permitir que se vaya —dijo Ilkar.

—Tampoco podemos impedirselo —dijo Hiram.

—A Denser no va a hacerle ninguna gracia.

—Bueno, Denser ya sabe lo que puede hacer. Esto es asunto del Cuervo.

—Hiram, de verdad creo...

—Es asunto del Cuervo.

—¡Vale, me rindo! —Ilkar se revolvió, frustrado—. ¿Es que nadie se da cuenta de lo que está en juego? Esto es más importante que el Cuervo. Es más importante que cualquier cosa. No podemos permitirnos el lujo de fracasar en esta empresa y necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir.

—No hay nada más importante que el Cuervo —dijo Hiram, ecuánime—. El Cuervo es el único motivo por el que hemos llegado tan lejos, para empezar, y el Cuervo es el único motivo por el que venceremos. Y eso es porque siempre lo hacemos.

Ilkar miró fijamente a Hiram. Su severa expresión de incredulidad se suavizó lentamente.

—Eso es irrefutable, ¿verdad?

—Sí.

—Qué estupenda es la fe ciega.



—No es fe ciega, querido elfo, es la realidad. Dime un encargo fallido.

—Sabes que no puedo.

Hirad se encogió de hombros.

—¿Ilkar? —llamó Talan.

—¿Qué quieres?

—Tus ojos. Por aquí.

Algo en el tono de Talan acalló el comentario de Ilkar y lo hizo apresurarse a acudir junto a él. Hirad se puso en pie con esfuerzo, se apoyó en la pared hasta que remitieron las náuseas y fue tras los pasos del elfo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ilkar junto a Talan. Este señaló.

—Al frente. Me ha parecido ver movimiento.

Ilkar asintió.

—Sí. Un jinete. En esta dirección y a galope tendido, por lo que parece. El bastardo es grande, además.

—¡Jandyr! ¡Thraun! ¡A la entrada! —gritó Talan—. Si surge algún problema, Hirad —continuó, oyendo al bárbaro que arrastraba los pies a su espalda—, mantente al margen.

—Que te den.

—Me imaginaba que dirías eso.

—¿Entonces por qué lo has dicho?

—¿Por los viejos tiempos? —Miró a Hirad a los ojos y los dos hombres sonrieron.

—Las viejas costumbres nunca mueren —dijo el bárbaro.

—Nunca se sabe. —Talan volvió a fijar la mirada en la verja de entrada.

Cuando Jandyr y Thraun se reunieron con ellos, se escuchaba ya el sonido de los cascos y podía divisarse el jinete a lo lejos.

Una capa negra ondeando tras él, montado a lomos de un bayo imponente. Cuando se acercó, desenvainaron sus espadas e Ilkar se dispuso a lanzar. Pero a unos treinta metros de distancia el jinete tiró de las riendas y llegó trotando a las puertas, con una mano levantada en señal de paz. Llevaba el rostro cubierto por una máscara, sin yelmo.

—Puedes quedarte ahí —gruñó Talan—. ¿Qué te trae por aquí?



—Podéis bajar las espadas —dijo Denser, acercándose al corro congregado en torno a la puerta—. Está de nuestro lado.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es? —preguntó Hiram. Ilkar ya conocía la respuesta.

—Se llama Sol. Es un protector. Y afrontémoslo —Denser se plantó delante de Talan— como he oído que acaba de decir alguien, necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir.

—¿No te parece que al menos podrías haber mencionado que habías solicitado un protector? —preguntó Ilkar. Había guardado silencio sobre el tema durante toda una tensa tarde, prefiriendo que Hiram creyera que aquello formaba parte de un plan convenido mientras el bárbaro estaba inconsciente. Pero ahora Hiram dormía, descansaba bajo los efectos de la Curación Cálida de Erienne, y el sol había dado paso a la noche.

Ilkar y Denser estaban sentados a solas en los escalones frontales del castillo, disfrutando del aire cálido del anochecer. El xetesko tenía su pipa, como siempre, entre los dientes. No se veía al gato por ninguna parte.

—¿Habría cambiado algo?

—No cuesta tanto respetar las normas de cortesía —respondió tentativamente Ilkar.

—Pues lo siento. Pero yo no he solicitado ningún protector. Xetesko lo considera necesario por mi seguridad.

—Seguro que sí.

—¿Por qué siempre tienes que verlo todo desde el lado negativo? —Denser rellenó la cazoleta de su pipa y prensó el tabaco—. Esto no tiene nada que ver con el regreso definitivo del Ladrón de la Aurora a Xetesko. —Encendió la pipa, exhaló un anillo de humo—. Sería más sencillo para todos nosotros si así fuera.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

—Bueno, las cosas se están complicando en el ancho y vasto mundo que parece que hemos dejado atrás.

—Complicando. —Ilkar se preocupó de inmediato. Denser tenía la costumbre de abusar de los eufemismos. Las “cosas” debían de estar muy mal.



—Tienes que saber una cosa. Me han informado sobre la asamblea del Lago de Triverne. Las cuatro Escuelas han acordado amasar un ejército para defender el Paso de Piedra Baja y la Cala de Triverne. Al parecer, van a confiar la defensa de la Bahía de Gyernath a Negraspina y Gresse. Por desgracia, el resto de la ACK ha decidido ignorar las advertencias y piensa dejar el país indefenso si los wesmen superan nuestras barreras.

—Suena lógico, casi. ¿Y cómo reaccionaron a la noticia de que estamos buscando el Ladrón de la Aurora? —preguntó Ilkar, imaginándose cómo habrían saltado las chispas. Denser no dijo nada—. ¿Bien? —Su sonrisa se desvaneció.

—No hubo noticia. No se lo hemos dicho.

—Perdona, ¿cómo dices?

—Las demás Escuelas no saben que estamos buscando el Ladrón de la Aurora. —Denser miró a lo lejos.

Las orejas de Ilkar se atiesaron y sus ojos se convirtieron en dos rendijas, con la sangre bullendo en su cabeza. Se incorporó, incapaz de seguir sentado junto al xetesko.

—Qué idiota por mi parte creer que Xetesk podría considerar una invasión wesmen respaldada por los Señores Brujos más importante que su propio provecho. —Ilkar inhaló hondo—. Sabes, empezaba a creer que Xetesk había dado un giro. Y ahora parece que su principal objetivo no es sacar a nuestro país de esta crisis, sino asegurarse la supremacía en caso de que venzamos.

—Pero eso no es lo que yo pienso —dijo Denser.

—¿No?

—¡No! —Denser enrojeció—. ¿Por qué crees que te lo he contado, para empezar?

—¡Porque habría sido demasiado evidente cuando llegáramos a Dordover y no los encontráramos esperándonos a las puertas con el anillo envuelto en papel de regalo, por eso!

—Entiendo que debes de estar enfadado.

—¡Me parece que tú no entiendes nada de nada! —explotó Ilkar—. Tu Escuela espera que sigamos peleando y muriendo y no por el bien de Balaia. No pienso ser un peón de Xetesk y el Cuervo tampoco.

—Así que, ¿qué quieres hacer? —preguntó Denser al vacío.



—Bueno, esa es la peor parte, ¿no? No me queda otra opción más que seguir adelante, porque creo que Balaia está amenazada. Pero deja que te diga una cosa. Ahora que Erienne y yo estamos contigo, el Ladrón de la Aurora pertenece a las Escuelas, no sólo a Xetesk.

—Quizá te cueste creerlo, pero estoy de acuerdo contigo y comprendo tu postura —dijo Denser—. Pero también comprendo la postura de Xetesk y te equivocas si piensas que Xetesk busca el control. Aunque si hubiéramos anunciado la búsqueda del Ladrón de la Aurora en el Lago de Triverne, la interferencia, creemos, habría puesto en peligro toda la empresa, y con ella a toda Balaia.

—Qué conveniente —masculló Ilkar—. Si de veras piensas así, es que has tragado demasiada doctrina. En cualquier caso, ahora tenemos que ir a Dordover encubiertamente porque tus maestros no han descubierto todavía el poder de la cooperación. Más te vale que ninguno de nosotros salga herido.

Sol cruzó la cancela de entrada y desapareció tras una esquina de la casa. Ilkar se sentía vigilado de cerca. Se estremeció por dentro. Había algo en el protector que lo ponía nervioso. Al menos esta vez podía distinguirlo a primera vista. La máscara. Era simple, lisa y negra; tallada, había dicho Denser, en ébano. Tenía el molde de su cara pero, aseguraba el xetesko, no le hacía justicia.

A Ilkar se le antojaba carente de vida, y sin duda eso era apropiado. Se estremeció de nuevo, cuando el porqué de la máscara surgió incontenible en su cabeza. Los protectores eran a todos los efectos muertos vivientes, hombres jurados al Monte de Xetesk desde su nacimiento y reclamados al morir. Mientras pudiera recogerse el alma, podría recrearse el cuerpo. Era una espeluznante consecuencia de los siglos de abuso xetesko sobre vivos y muertos. Tendría que estar prohibido pero la Escuela Negra se negaba a renunciar a una de sus bazas más poderosas.

Ilkar sólo podía intuir lo que debían soportar el cuerpo reanimado y el alma. Nadie hablaría jamás, pues estaban obligados a guardar silencio salvo en el cumplimiento de su deber. Romper las ataduras era, rezaba el saber xetesko, “descargar una



eternidad de tormento en el Monte tal que el mismo Infierno parecería un remanso de paz y tranquilidad para el alma esclavizada”. Ese mismo saber estipulaba que los protectores “nunca jamás volverán a ver la luz o los ojos de los vivos posados en sus rostros. Nunca jamás volverán a hablar salvo cuando la vida de sus legados corra peligro por culpa de su silencio”.

Por consiguiente, los protectores eran unos guardaespaldas sumamente leales, pues sabían que la disensión sólo les reportaría tormento, pero el verdadero motivo de su creación era que un ejército de protectores se movía y combatía con tal poder y sincronía que nada salvo la magia lograba detenerlo. Y aun eso era discutible. Los protectores gozaban de una protección mágica innata que se les imbuía en el momento de su creación. En verdad eran unos adversarios temibles.

Solsería la sombra muda de Denser allí donde fuera el mago, y esa sombra sería ciertamente alargada. Era un hombre inmenso. Más grande que Thraun, quizá incluso más que el Desconocido. Sobre su espalda se cruzaban un hacha a dos manos y doble hoja y una espada a dos manos. Ilkar supuso que podría blandir un arma en cada mano y tomó nota mental de apartarse de su camino cuando lo hiciera. Arrastró su atención de nuevo hacia Denser.

—Perdona, estaba distraído. Eso hace que su aparición sea bastante fácil de entender, ¿no es así? Ibas a decir algo.

Denser volvió a encender su pipa. Como de costumbre, la llama brotó de la yema de su pulgar derecho.

—Ya me había percatado. No os hará daño. Ha sido bien informado de los pormenores de la situación.

—¿Por quién? No te he visto cruzar más de una decena de palabras con él desde su llegada.

—Ha hablado con mi familiar.

—Vale. Continúa.

Denser cambió ligeramente de postura y sacudió un poco de tierra debajo de él.

—Bueno, nuestra decisión de no hablar del Ladrón de la Aurora en estos momentos, porque ya lo anunciaremos cuando llegue la hora, nos ha reportado otro problema.

—¿Por qué trabaja el Cuervo para Xetesk? —Ilkar adivinó la pregunta.



—Exacto. Eso supone un gran contratiempo dado nuestro próximo destino.

—Dordover. —Ilkar frunció los labios.

—Si tú, Hirad o yo somos vistos en la ciudad surgirán problemas con la Escuela dordova. No podemos permitirnos el lujo de separarnos porque si no nos mantenemos unidos, los Señores Brujos nos pisotearán.

—Nos hará falta mucha suerte para que no nos divisen. — Ilkar meneó la cabeza, preguntándose cuándo dejarían las Escuelas de lado sus diferencias lo suficiente para aliarse. Intentó convencerse de que Denser mentía pero de alguna manera, dado que corrían tanto peligro como el Cuervo, no lo logró. Las acciones de Xetesk, en cambio, eran despreciables.

—No vamos a entrar. Will, Thraun y Jandyr tendrán que apañárselas solos.

—¿Y Erienne? —Ilkar sentía reparos en confiar el robo del anillo del Maestro del Conocimiento a un puñado de desconocidos. Pero sabía que la solución de Denser tenía sentido.

—Podemos confiar en que no nos delatará. —Los ojos de Denser tenían un brillo especial—. Pero ese no es el problema. No es lo que se dice la hija predilecta de Dordover y si tenemos que colarla allí, en fin...

—No me gusta nada la pinta de todo esto —dijo Ilkar—. Tengo que pensar. Voy a ver cómo está Hirad.

Selyn se despertó sobresaltada. El sonido de unos pasos a la carrera la despejó de inmediato. Anocheceía y normalmente habría dormido otras dos o tres horas antes de lanzar sus Alas de Sombra para llegar a Parve. Yacía oculta en una densa zona de arbustos en medio de un risco que dominaba la carretera que comunicaba los Páramos Desolados con Terenetsa. Aún le faltaban cuatro días para llegar a Parve.

Moviéndose con cautela para no sacudir el follaje que la rodeaba, asomó la cabeza por encima de una formación rocosa y observó la carretera. Había wemen desfilando, miles de ellos, y chamanes a caballo. Los espía durante cinco minutos, intentando calibrar la fuerza de la interminable línea de hombres armados y envueltos en pieles que corrían hacia el Paso de Piedra Baja.



Cuando hubieron cruzado los últimos jinetes, estimó que había asistido a una procesión de unos siete mil hombres. Y a esa velocidad, llegarían al paso aproximadamente dentro de seis días.

—Dioses, es tarde —exhaló. No se esperaba que comulgara de nuevo antes de llegar a Parve pero no podía permitir que tantos hombres sorprendieran a los defensores del Paso de Piedra Baja. Y asumiendo que habría más conquistando los caminos del sur desde las tierras centrales, pretendían descargar un ataque en masa sobre el este de Balaia. Meneando la cabeza, se tumbó y buscó a Styliann en las fluctuaciones de maná.